

TERRIBLE INCENDIO

El Teatro de la Zarzuela, destruido

Varias desgracias.--Pérdidas considerables.--El fuego alcanza las casas contiguas, ocasionando grandes desperfectos en sus medianerías.

EL TEATRO ARDIENDO

Un violentísimo incendio, cuyo origen aun no se ha podido comprobar, ha destruido en pocos momentos esta mañana el hermoso Teatro de la Zarzuela.

Del histórico coliseo, donde representáronse durante tantos años las obras de nuestros más celebrados autores y músicos, sólo quedan a estas horas algunos restos de la fachada y de los salones de espera.

El escenario, la sala de butacas, todo el hueco central del edificio, se hallan convertidos en cenizas.

Entre los escombros humeantes quedaron los equipajes de los pobres cómicos, algunos muy valiosos, principal capital de muchos de ellos.

Nada queda de la sastrería, del atrezzo, del decorado.

Los artísticos lienzos de A B C, ante los que aplaudió admirado tantas veces el público madrileño, como tantas otras obras escenográficas notables, quedaron destruidos.

No se reduce a esto la desgracia; hay que lamentar otras aún más sensibles, más dolorosas; en la catástrofe ha sufrido horribles quemaduras una pobre mujer, la esposa del conserje, que, despertada súbitamente cuando la voracidad del incendio era mayor, no logró encontrar la salida a la calle, y que, medio asfixiada por el humo y con horribles quemaduras, fué encontrada por los que, advertidos del peligro, acudieron heroicamente en su busca.

Cómo empezó el fuego.

Difícilmente podremos dar una idea exacta de ello, pues no solamente nosotros, sino las primeras personas que penetraron en el teatro cuando éste ardía, y el mismo conserje, a quien el fuego sorprendió en su casa, ignoran cómo, dónde y a qué hora surgieron las primeras llamaradas.

El conserje, Florentino Rodríguez, en medio de su excitación, nos refirió esta mañana en cuatro párrafos su impresión.

Dormía tranquilamente desde las tres de la madrugada, hora en que tiene la costumbre diaria de retirarse a descansar, cuando fué despertado por su mujer, que le sacudía horrorizada, gritándole con espanto:

—¡Florentino, Florentino, despierta, que está ardiendo el teatro!

El conserje sólo recuerda confusamente que saltó de la cama, y aturdido por el brusco despertar, lanzóse al pasillo. Una nube de humo le cegaba; pero acordándose de sus deberes corrió pasillo adelante, ávido de contener a tiempo la catástrofe. Intil empeño. Al abrir una puerta, miró hacia la sala. Aquello era fantástico, horrendo. Ardía todo. Una bocanada de humo negro y asfixiante le hizo retroceder, aturdiéndole completamente y arrebándole la poca serenidad de que aún era dueño. Desde entonces sólo pensó en salvar a sus hijos.

Dirigióse a su cuarto corriendo, sin perder instante. El conserje tiene cinco hijos, dos de ellos muy pequeños. Procuró poner en salvo a la familia; pero vió que el fuego, que se corría rápidamente hacia sus habitaciones, había ganado ya la puerta de salida. Sin saber qué hacer, completamente aturrido, arrojóse por una ventana de cuatro metros de altura, y desde allí recogió a los dos chicos pequeños, que con una cuerda pudo bajar su mujer. Lanzóse con ellos hacia la calle, poniéndoles en salvo. Cuando volvió a subir no encontró ya ni a su mujer ni a sus dos hijas mayores, que por lo visto habían intentado ganar la salida por su cuenta.

¡Fuego!

El penacho de humo que empezó a surgir por el tejado del teatro, alarmó a los vecinos de las casas inmediatas al teatro.

Serían las siete y cuarto de la mañana. Muchas personas estaban ya levantadas, y otras, noticiosas de lo que ocurría, no tardaron en abandonar el lecho. Los balcones de la calle de Jovellanos se llenaron de gente. Un grupo que engrosaba por segundos, formado por los industriales y algunos vecinos de la calle, se agolpaban frente al teatro, cuyas puertas hallábase herméticamente cerradas. Poco duró la indecisión de la gente; a los pocos momentos saltaban en pedruzcos las puertas de madera, y los más decididos se precipitaron dentro.

Hemos hablado con algunas de estas personas, entre ellas con el doctor Francos, que vive en una de las casas situadas enfrente del teatro, y que fué uno de los que penetran primeramente.

Dice que al penetrar en el vestíbulo el humo lo invadía todo; ardían los divanes de guta-percha y los cortinajes. Lo que pudieron sacar a la calle. Como vieron la imposibilidad de seguir adelante, salieron a la calle, y hallando a un barrendero que cruzaba la vía con una manga de riego, le obligaron a encerrarla en la boca que hay en la misma acera del teatro y se procuró atajar el fuego; se consiguió refrescar las paredes y el suelo del vestíbulo, que despedían un calor asfixiante, y entonces se pudo llegar hasta la puerta de la sala de butacas, que alguien abrió, pre-

senciando todos un espectáculo imponente.

Una nube de humo lo llenaba todo, dejando ver apenas las últimas filas de butacas, próximas a la puerta. Resulta inexplicable el hecho de que no se advirtiera el fuego sino cuando el teatro ardía por los cuatro costados.

Cuanto se intentó para dominar el incendio fué inútil. La manga de riego no bastaba a contener el elemento destructor. Además, desde que se abrieron las puertas se estableció una corriente de aire violentísima que avivó el inmenso brasero de modo extraordinario y las llamas empezaron en el instante a adquirir proporciones aterradoras.

Aspecto del fuego.

Nuestros redactores llegaron a la calle de Jovellanos cuando el incendio era más violento; poco tiempo después de ser advertido.

La noticia había cundido rápidamente por Madrid. Hasta en los barrios más extremos se sabía que el teatro de la Zarzuela estaba ardiendo; inútil es decir que desde los primeros momentos acudió a los alrededores del teatro una inmensa muchedumbre ávida de contemplar el espectáculo.

Desde sitios muy distantes se vió en Madrid el inmenso penacho de humo negro que se elevaba del teatro de la Zarzuela. Por la Carrera de San Jerónimo y la calle de Alcalá bajaba la gente corriendo, atraída por la estupenda noticia del fuego.

A la entrada de la calle de Jovellanos, por la parte que corresponde a la Carrera de San Jerónimo, impedían los guardias el paso a la gente. Esta se agolpaba formando un grupo enorme, al que era difícil contener, pues ávida de noticias y de ver los efectos del siniestro, cosa imposible desde aquel sitio, por encontrarse el edificio que ardía escondido detrás de la rasante de la calle, arrollaba a la fila de agentes.

También se cortó el paso al público en la entrada y salida de la calle de Los Madrazos. El paso en la misma calle de Alcalá, para que el tránsito por la de Cedaceros no se interrumpiese.

Sólo contadas personas logramos penetrar en los primeros momentos en la calle de Jovellanos. Al llegar frente a la Zarzuela presenciábamos un espectáculo bien triste.

Algunos artistas de la compañía rodeaban al conserje, que deseaba a toda costa ver a su mujer y a su hija, que habían sido asistidas, la una de quemaduras graves y la otra de una gran excitación nerviosa.

Lloraba el infeliz, sin conseguir reponerse de la emoción sufrida; pero como se afirmaba que la infeliz esposa se hallaba en muy mal estado, procuraban algunas personas hacerle desistir de tal empeño.

Algunos artistas de la compañía, muy impresionados, contemplaban tristemente el fuego, que amenazaba arrebatarles cuanto allí tenían, y algunos músicos y autores, que estrenaron allí en años anteriores sus más aplaudidas producciones, lloraban viendo desaparecer el escenario de sus mayores éxitos.

Entre ellos se encontraba Manuel Fernández Caballero, hijo del músico inolvidable, director de escena del teatro, y sus hermanos, muy impresionados con la catástrofe.

A la puerta del teatro agolpábanse los muebles y el poco vestuario salvado, varios divanes carbonizados, los equipajes de algunos actores, unas armaduras de hierro y algunos mantones de Manila.

Había llegado el servicio de incendios, que tardó en acudir escasamente un cuarto de hora, y los bomberos trabajaban afanosamente para cortar el fuego.

Por algunas casas de la calle de Los Madrazos se habían elevado mangas, con las que se atajaba el fuego, que se tenía se comunicase a las medianerías.

Se instaló frente al teatro una escalera, con la que se subió hasta el tejado.

La cantidad de agua que caía entonces sobre el inmenso brasero, era un verdadero torrente; con tan poderoso auxilio consiguióse localizar el fuego dentro del teatro, alejándose el temor de que ardieran los inmediatos edificios.

Los vecinos de éstos se alarmaron extraordinariamente en los primeros momentos, y la mayoría empezó a sacar sus ajueres a la calle.

Frente al Congreso de los Diputados se elevaba una enorme pila de colchones y de muebles.

Estaba prohibido penetrar en el local incendiado a otras personas que no fueran los individuos del Cuerpo de incendios, pues había gran riesgo, puesto que los derrumbamientos eran muy frecuentes.

A las nueve de la mañana llegó el alcalde, Sr. Aguilera, y poco después el gobernador civil. Ambos se asomaron un momento al patio de butacas, presenciando el terrible espectáculo, que también pudimos nosotros presenciar un momento.

Desde la puerta del patio de butacas no se distinguía el escenario, pues una nube de humo lo llenaba todo.

En medio de aquel tono gris sólo se distinguían las llamaradas que surgían de los palcos, el agua que arrojaban las mangas y algunos maderos encendidos que, al desprenderse del techo, que se derrumbó en los primeros momentos, cayeron en confuso montón sobre las butacas.

Los pasillos laterales y las galerías que conducen a los salones de espera y el pasillo de los palcos, tenían las paredes carbonizadas.

Todas las ventanas del teatro que dan a la calle, que corresponden a una habitación de contaduría y a las salas de espera, tenían los cristales hechos pedruzcos.

El hermoso teatro producía una penosísima impresión; desde luego se advertía que sólo quedarían unas cuantas ruinas del bello edificio.

La familia del conserje.

Como decimos, la mujer de Florentino fué la que avisó a su marido del peligro; pero no fué ella la que primeramente notó la existencia del fuego.

La primera alarma la propagó una mujer, llamada Antonia, que con otras tres se dedicaba todas las mañanas a barrer el teatro. Hoy comenzaron, como todos los días, a realizar tal operación, sin sospechar que el hueco central del teatro era una inmensa hoguera; pero, como es natural, no tardó una de ellas, la Antonia citada, en darse cuenta del incendio.

Las mujeres, que vieron horrorizadas la inmensa magnitud del desastre, no tardaron en ponerse en salvo, dando grandes gritos, que advirtieron a la gente de lo que sucedía.

Ya entonces empezó a ver una columna de humo, y entonces ocurrió lo que hemos relatado.

Salvamento de la familia del conserje.

La confusión, el espanto que reinó en los primeros momentos, fué indescriptible. El fuego era tan horroroso, que nadie se atrevía a penetrar en el teatro, temeroso de perecer abrasado entre las llamas ó aplastado por uno de los frecuentes derrumbamientos.

Apenas penetraron las primeras personas en el vestíbulo del teatro, que se vino abajo.

Este dato hará comprender a nuestros lectores que cuando el fuego fué descubierto ya llevaban mucho tiempo las llamas destruyendo todo el patio y el escenario.

Es de suponer que aquello debió estar ardiendo durante gran parte de la noche.

Iba ya transcurrida cerca de media hora desde que se advirtió la existencia del fuego, cuando uno de los antiguos dueños del teatro y actual arrendador del mismo, Sr. Sicilia, decidió subir a contaduría para salvar la caja. Le acompañaron el guardia municipal 316, José Rera, dos carpinteros del teatro, que allí se encontraban, llamados Manuel Álvarez Rodríguez y Faustino Martín Maroto, y otras personas.

Subieron al piso segundo, donde se encontraba la caja, en una habitación inmediata a contaduría; vieron caer próximo a ellos un tablón ardiendo; la parte del edificio donde se dirigían estaba intacta. Penetraron en la habitación y cargaron con la caja, que es de regular tamaño, y contenía 27.000 pesetas. También rompieron dos mesas, donde había dinero igualmente.

Mientras efectuaban esta operación, oyeron, sorprendidos, lamentos y voces de socorro. En medio del barullo y desorden que reinaba, nadie se cuidó de salvar a la familia del conserje, aunque éste, enloquecido de dolor, lloraba pidiendo salvaran a su mujer y a sus dos hijas mayores, que ignoraba dónde se encontraban.

Los lamentos que oyeron los que fueron en busca de la caja los lanzaba la hija mayor de Florentino, que se llama María y tiene veinte años, la que, para mejor llamar la atención de los que podían acudir en su auxilio, arrojaba desde la ventana donde se encontraba algunas macetas, con lo que consiguió su objeto.

Lograron las personas citadas salvarla del peligro. La joven, presa de un ataque nervioso, pedía fueran en busca de su madre.

Esta, según parece desprenderse de lo manifestado por ella misma, hallábase ya levantada y medio vestida cuando se enteró del fuego.

Un hijo del matrimonio, muchacho de catorce años, había salido ya a la calle en busca de leche para el desayuno de la familia. Cuando el muchacho regresó al teatro ya había en la calle un movimiento extraordinario y no le dejaron penetrar en el local, a pesar de que el chico, valientemente, quería ir en busca de su madre y de sus hermanas, temeroso de la suerte que pudieran correr.

La mujer del conserje logró salir de su casa con una de sus hijas, muchacha de diez y seis años, que estaba convaleciente de una grave enfermedad sufrida; pero no pudo ganar la salida a la calle, y medio asfixiada por el humo y abrasada por las llamas que le lamían la cara y le prendían en las ropas, cayó en una

de las galerías, y allí fué encontrada por sus salvadores.

La hija fué encontrada sentada en el marco de una ventana; la infeliz, aterrorizada, no podía hablar, y apenas acertaba a pedir auxilio.

D. José Sicilia y el baritono de la compañía, que presenciaron estas escenas, se hallaban muy impresionados.

Continúa el fuego.

A las diez y media de la mañana seguía ardiendo completamente todo el interior del teatro.

La gente acudía cada vez en mayor cantidad, y hubo necesidad de pedir Guardia Civil.

Un piquete vino a auxiliar a los agentes de Seguridad para impedir el paso de los curiosos.

Se dieron órdenes terminantes de impedir el acceso a la calle de Los Madrazos a todo el que no fuera vecino de la misma.

Los bomberos trabajaban heroicamente. Se les veía en sitios de gran peligro luchar denodadamente con las llamas, atajando el fuego.

La parte más alta del edificio, donde existía la sala de ensayos y el estudio del pintor escenógrafo reparador Sr. Lobo, a quien se le quemó también algún decorado de su propiedad, se derrumbó encontrándose encima algunos bomberos. Uno de éstos cayóse y se produjo contusión.

Uno de los departamentos que primero ardió fué la sastrería. A las nueve y media de la mañana ardía el foso. El café y los cuartos de los artistas se sostenían aún libres del fuego.

La parte que ha sufrido menos es la que corresponde a la derecha del edificio; aislado por una gran pared maestra, no sufrió grandemente los efectos del fuego.

En ella se encontraban los cuartos de muchos artistas que lo salvaron todo, entre ellos, Emilio Mesejo, Videgain, Antonio González, Sepúlveda, Consuelo Mesejo y Pedro González.

El despacho del empresario, Sr. Reynot, quedó destruido.

A las once de la mañana no se sabía aún lo que había ardió y lo que había podido salvarse. La mayoría de los artistas de la compañía, que acudieron a la noticia del fuego, ignoraban la suerte que habían podido correr sus equipajes y sus vestidos.

Decíase que la escalera que conducía a los cuartos de las tiples Srtas. Esparza y Mayenda habíase derrumbado y se ignoraba si se había quemado todo lo que a ellas pertenecía, aunque se tenían malas impresiones.

Lo que decía Mesejo.

Uno de los primeros en acudir al teatro fué Emilio Mesejo.

El actor dedicóse a salvar todo cuanto a él y a su hermana Consuelo pertenecía, consiguiéndolo afortunadamente.

Recordaba el simpático actor el incendio del teatro de Variedades, donde también tuvo la fortuna de salvar todo lo que le pertenecía, y miraba con pena el edificio, tan querido, donde hubo de trabajar tantas veces.

El salvamento de sus trajes y de su equipaje no fué fácil. Cuando entró en su cuarto, el humo lo invadía todo, pero tuvo la serenidad de recogerlo todo y ponerlo a salvo.

Se localiza el fuego.

Poco después de las once de la mañana empieza a dominarse el incendio.

Por las casas números 12, 14 y 16 de la calle de Los Madrazos siguióse arrojando agua, por medio de las bombas, sobre el teatro incendiado.

Los edificios contiguos están fuera de peligro.

La fábrica de electricidad.

En el núm. 12, por donde tiene entrada la fábrica de electricidad instalada en el teatro, y que ahora no funcionaba, no se permitía la entrada a nadie.

La prohibición estuvo muy puesta en su lugar, pues, a eso de las once, el techo de la fábrica, reblandecido por efecto del agua arrojada por los bomberos, se vino abajo con estrépito, sin ocasionar, por fortuna, ninguna desgracia.

La fábrica sólo se utilizaba como central ó transformadora, y en ella no había otro empleado sino el que estaba encargado de su custodia.

El conserje Florentino.

Era objeto de la compasión general, tanto por la desgracia ocurrida a su pobre esposa como por el estado lamentable de decaimiento y dolor en que se encontraba.

Las personas que acudieron al teatro cuando vieron el fuego, le hallaron en una escalera. Bajaba cargado con una manta y un colchón y descalzo. Con los pies desnudos estuvo en la calle, sin cuidarse de ello ni advertirlo, hasta que logró abrazar a su mujer.

Florentino era guarda de noche, y dormía vestido.

Pequeño capital.

Entre lo salvado figuran seis mantones de Manila de una pobre mujer, que no tenía otro capital, y que vive con el producto de su alquiler.

La infeliz estaba emocionada, y cuando vió salvado su pequeño capital, no pudo contener su alegría.

Un perjudicado.

Lo ha sido grandemente D. Manuel del Río, que tenía contratados todos los bailes de la próxima temporada de Carnaval.

El Sr. del Río es dueño de Los Burgaleses, y hace algunos años explotaba aquel negocio.

Lo inexplicable.

Lo que nadie acierta a comprender es cómo el fuego no fué descubierto por nadie hasta que se encontraba tan avanzado.

Todas las noches, después de la representación, se hacían hasta cuatro requisas, sin que en las practicadas la noche última se advirtiera nada extraño.

El conserje Florentino se acostó después de las tres de la madrugada sin notar tampoco nada de particular.

Se hacen muchos cálculos y muchas suposiciones acerca del origen del fuego; pero lo cierto es que nada se sabe en concreto acerca del particular.

Se habla de los cables de la luz eléctrica, de la formación de un circuito corto, de un descuido en la requisita, de una punta de cigarrillo abandonada. El Juzgado procurará aclararlo, incluso otros rumores y cábalas que tampoco podían faltar.

Las casas contiguas.

La violencia del incendio era tan grande y las llamas alcanzaban proporciones tan gigantescas, que desde los primeros momentos hubo el temor de que las casas contiguas al teatro fueran también pasto del voraz elemento.

Desde los primeros momentos fué muy grande el pánico que se apoderó de los inquilinos de las casas colindantes con el teatro.

Tan pronto como llegó el servicio de incendios y comenzó a practicar trabajos para la extinción del siniestro, se preocupó todo el personal de que se salvaran los edificios amenazados por las llamas.

Trabajaron sin darse punto de reposo los bomberos, bajo la dirección del jefe del servicio, Sr. Monasterio, y en poco tiempo consiguieron que las llamas no alcanzasen a las medianerías de las casas contiguas.

A pesar del esfuerzo realizado por todo el personal, no pudo evitarse que ardiera una parte del tejado de la casa número 11 de la calle de Zorrilla, alcanzando el fuego a varias habitaciones de los pisos altos, de donde tuvieron que huir los inquilinos, salvando lo más esencial de sus enseres.

Las dos fincas de la calle de Jovellanos lindantes con el teatro, han sufrido algunos desperfectos en su parte alta, quemándose algo del tejado y de las medianerías.

La finca que más ha sufrido las consecuencias del siniestro ha sido la del número 14 de la calle de Los Madrazos.

Hállase esta casa enclavada formando medianería con la parte posterior del escenario, y esta circunstancia fué la que motivó que las llamas se cebaran en su medianería con mayor fuerza.

Varias mangas, puestas en contacto con dos bombas de vapor, arrojaron sobre el edificio gran cantidad de agua.

Debido a ello consiguieron los bomberos dominar el incendio por aquella parte, localizando las enormes llamas que del teatro salían, y salvando así la referida finca del peligro que había corrido.

Auxilios médicos.

Al lugar del suceso acudió servicio facultativo en abundancia.

Quien primeramente se constituyó en el sitio del incendio fué la ambulancia núm. 3 del distrito del Congreso, al frente de la cual se hallaba el doctor D. Ismael Alonso de Velasco.

En uno de los portales fronteros al teatro de la Zarzuela instaló dicha ambulancia su servicio sanitario.

Posteriormente fueron llegando facultativos y personal de las Casas de Socorro de los distritos del Hospital, Congreso y sucursal del Hospital, llevando botiquines con material de urgencia y varias camillas.

Todos estos servicios sanitarios se instalaron en los portales de varias casas de la calle de Jovellanos.

Una mujer gravísima.

Por el médico de la ambulancia de la Cruz Roja, ya mencionado, fueron asistidos los siguientes:

María Germán, esposa del conserje del teatro, que presentaba extensas quemaduras de mucha profundidad en la cabeza, cara, cuello y manos.

Desde luego el doctor Alonso apreció que aquellas quemaduras presentaban un carácter sumamente grave, y después de asistirle esmeradamente de primera intención, fué trasladada a la Casa de Socorro del distrito del Congreso.

Allí fué reconocida la pobre mujer, y los facultativos de servicio la encontraron en un estado de tal gravedad, que ordenaron fuese conducida sin pérdida de momento al Hospital Provincial.